

Las relaciones con Pekín: más allá de la «diplomacia amistosa»

Nakajima Mineo

Está a punto de ser aprobada la visita oficial del emperador Akihito a China. El debate en torno al viaje presenta un aspecto interesante, porque pone de manifiesto cómo se decide la política exterior japonesa.

Da la impresión de que prácticamente todo el país participa en este debate. En el seno de la Administración se ha puesto en marcha un complicado proceso de coordinación que actúa sobre los deseos de los principales dirigentes y el trabajo de los diplomáticos y otros funcionarios. En el campo político, sin embargo, algunos partidos de la oposición son contrarios al viaje, e incluso existen diferencias de opinión dentro del PLD, el partido en el Gobierno. Actualmente, la prensa se ha ido mostrando, gradualmente, a favor de la visita, aunque el periódico *Sankei Shimbun* mantiene su oposición. Intelectuales influyentes discuten sobre los pros y los contras, y los grupos de presión política también han intervenido, algunos de ellos organizando protestas y dando a conocer sus puntos de vista en anuncios publicados en la prensa.

La importancia diplomática de este viaje se debe a que será la primera vez en la historia que un emperador japonés visite China. Se trata de una ocasión importante para la política exterior japonesa, y la cuestión consiste en saber si es el momento más adecuado para hacerlo. La opinión pública del país se ha dividido en dos y las diferencias pueden ser incluso más profundas que las originadas entre los partidarios y los adversarios de la recientemente aprobada Ley de Cooperación con las Fuerzas de

Pacificación de las Naciones Unidas, la cual autoriza la participación de tropas japonesas en misiones de la ONU. Parecía que los japoneses iban a ponerse de acuerdo sobre el papel y las responsabilidades del país dentro de la comunidad internacional, pero cuando se planteó la cuestión de si el Emperador debía realizar una visita de buena voluntad con motivo de la normalización de las relaciones entre China y Japón, la opinión pública se ha mostrado dividida.

Durante los últimos meses, mientras el mundo político centraba su atención en el problema de las operaciones de mantenimiento de la paz, en Japón se discutía la propuesta de la visita imperial. Se han puesto sobre la mesa las razones en favor, en contra y las dudas respecto a la conveniencia de la visita. Por mi parte, me he mantenido prácticamente fuera del debate. Aunque decidí expresar mi opinión en la edición del 9 de julio del *Mainichi Shimbun*, rechazé la solicitud de otras publicaciones. Era reacio a contribuir a un argumento que, según mis temores, podía conducir a dividir a la opinión pública. Pero, ahora que ya se ha decidido el viaje, creo apropiado reflexionar sobre las relaciones de nuestro país con China.

Los argumentos en contra del viaje

Tanto el primer ministro Miyazawa Kiichi como sus colaboradores más cercanos han tratado con cautela la cuestión del viaje. Aunque están básicamente a favor del mismo, han intentado despejar el camino ganándose, gradualmente, el apoyo de los adversarios, especialmente dentro del partido del gobierno. Los más entusiastas han sido el ministro de Asuntos Exteriores, Watanabe Michio, y los diplomáticos que dependen de él. El compromiso de Watanabe con el viaje data de principios de enero de 1992, cuando visitó China y habló positivamente acerca de la invita-

Nakajima Mineo nació en 1936. Se licenció en la Universidad de Tokio, donde se doctoró en Relaciones Internacionales. Es profesor y director del Instituto de Asuntos Exteriores de la Universidad de Tokio de Asuntos Exteriores. Autor, entre otras obras, de *Gendai Chūgoku ron La China actual* y *Nihon gaikō no sentaku (Las opciones diplomáticas de Japón)*.

ción formulada por Pekín al Emperador japonés. En cambio, la mayoría de japoneses muestran una resistencia mucho más firme.

Dos son los argumentos de los que se oponen a la visita imperial a China o de los que afirman que es demasiado prematura. Uno de ellos se basa en que la política china no es amistosa hacia Japón. Ambos países, junto con Taiwan, han de resolver todavía problemas territoriales sobre las islas Senkaku, y Pekín se muestra crítico ante determinadas medidas políticas japonesas tales como la decisión de enviar tropas a misiones de mantenimiento de paz. El segundo argumento cree que la situación política china, con el enfrentamiento entre conservadores y reformistas, es todavía imprevisible. La mayoría de los que se oponen al viaje también están de acuerdo en que ahora que los principales países occidentales han adoptado una actitud preventiva hacia China a causa de la represión del movimiento democrático en la plaza de Tiananmen, la visita del Emperador japonés podría prestarse a falsas interpretaciones.

Otro de los argumentos más reiterativos se refiere a la oposición a utilizar al Emperador en los asuntos políticos. Entre los detractores se encuentran algunos partidarios fieles a la monarquía. Se trata de gente de derechos que se considera leal o simpatizante de la familia imperial, pero no quieren ver a su Emperador envuelto en problemas políticos. Hay también quien se opone a la visita entre la gente de izquierdas, adversaria de la monarquía. La oposición al viaje es amplia entre los intelectuales que, pese a las limitaciones impuestas al Emperador por la Constitución, siguen manteniendo una actitud crítica frente a la institución imperial. Aunque ambos grupos parten de puntos de vista diametralmente opuestos, acaban adoptando una postura similar. Viene al caso la actitud de Suenami Yasushi, colaborador de *Akahata*, el periódico del Partido Comunista de Japón. En un artículo publicado hace medio año, se manifestó contrario al viaje argumentando que las autoridades chinas y del Partido Liberal Democrático japonés intentaban utilizar al Emperador.*

Podemos ver aquí un raro ejemplo de la política japonesa desde que acabó la Segunda Guerra Mundial: el acuerdo sobre un asunto importante entre la extrema izquierda y la extrema derecha.

Creo que la mayoría de gente no está totalmente a favor o radicalmente en contra de la visita imperial. Aunque con cierta cautela, muchos la apoyarían si se dieran las condiciones adecuadas. A continuación presentaré las dudas que tienen sobre ello.

El miedo a China

El Gobierno tiene la esperanza de que la visita del Emperador fortalezca las relaciones entre Japón y China y contribuya a la paz y estabilidad en Asia. Entre los políticos miembros de la Asociación Parlamentaria de Amigos de Japón y China y los intelectuales que se manifiestan entusiasmados por el

viaje, los dirigentes gubernamentales recalcan que, al visitar China, el Emperador realiza un gesto simbólico de amistad del pueblo japonés hacia el país vecino. Al esgrimir este arrogante punto de vista, se mofan de los que piensan que se quiere utilizar al Emperador con estrechos objetivos políticos.

No tengo ninguna queja respecto a esta forma de entender el viaje, pero quisiera advertir que existe la impresión de que hay cierta distancia entre la actitud diplomática del Gobierno y la opinión pública. Huelga decir que gran parte de la reacción negativa ante la visita imperial tiene su origen en la actual naturaleza de la política China, tanto interior como exterior, sobre todo a causa del mantenimiento de la dictadura por parte del Partido Comunista Chino. Pero, en un análisis más profundo, creo que la reluctancia de la gente a apoyar incondicionalmente el viaje radica en que los ciudadanos se sienten incómodos ante la «diplomacia amistosa» que Tokio ha llevado a cabo en sus relaciones bilaterales con Pekín desde que se normalizaron en 1972. Mis puntos de vista en este sentido debo admitirlo, difieren de los diplomáticos responsables de la política de Tokio respecto a China. Como estudioso de los asuntos chinos, me he sentido desconcertado en numerosas ocasiones por la manera con la que el Gobierno ha enfocado sus relaciones con el país vecino.

En uno de mis libros describo la «diplomacia amistosa» como la política exterior de un país atemorizado por China. En realidad, los diplomáticos japoneses no se consideran sumisos a China, pero las medidas tomadas por el Gobierno dan la impresión de que Tokio está dominado por Pekín. Una y otra vez, los diplomáticos prestan más atención de la que es estrictamente necesaria, a las condiciones y peticiones chinas, y dan prioridad a una diplomacia amistosa con el fin de no disgustar a Pekín. Quisiera indicar que esta actitud desagrada e irrita a la mayoría de japoneses.

Es pertinente que a continuación revisemos los acontecimientos ocurridos en las dos últimas décadas. Cuando Japón llamó a la puerta de China, en 1972, todavía se disipaban las cenizas de la Revolución Cultural. Sólo hacía un año que Lian Biao había muerto cuando, al parecer, intentaba huir del país, desestabilizando así la situación política. Inmediatamente después, el régimen de Mao Zedong comenzó a derrumbarse y Deng Xiaoping, que había sido rehabilitado en 1973, empujó al país a un nuevo rumbo de reformas internas y apertura al exterior. En 1975, los reformistas, con el apoyo de Zhou Enlai, iniciaron las «cuatro modernizaciones»: agricultura, industria, defensa y ciencia y tecnología, pero muchos ciudadanos se opusieron violentamente a los cambios en curso. Zhou murió en enero de 1976; Mao falleció en septiembre y dejó las riendas del poder en manos del grupo dirigido por Hua Guofeng. La llamada «Banda de los Cuatro» fue liquidada en octubre, finalizando así la transición.

La visita de Deng a Japón, a finales de 1978, faci-

litó la ocasión para un clima favorable. Las relaciones económicas bilaterales eran entonces prometedoras, ya que se acaba de firmar el Tratado de Paz y Amistad entre Japón y la República Popular China. Cabe observar, sin embargo, que este tratado incluía la llamada cláusula de hegemonía, según la cual ninguno de los dos países buscaría la hegemonía sobre el otro. El objetivo real de dicha disposición equivalía a doblarse a las ambiciones de la Unión Soviética. Aquí podemos ver un ejemplo de la voluntad de Tokio de acomodarse a las demandas chinas, independientemente de si el apoyo a la política soviética respecto a China favorecía o no a Japón. Pero, poco después de que Deng regresara a su país, China lanzó un ataque militar sobre Vietnam y exigió firmemente que se sancionara a Hanoi. Esta conducta imperialista de un país que decía no estar interesado en imponer su hegemonía no gustó a los japoneses.

El duro camino de los años ochenta

Las relaciones entre Japón y China recorrieron un duro camino en los años ochenta. Después del conflicto surgido a principios del decenio a causa de la cancelación por parte china de los contratos sobre las acerías de Baoshan y otros proyectos que recibían ayuda japonesa, en el otoño de 1982 estalló un contencioso debido al contenido de los libros de texto japoneses. Se quejaban los chinos de que Tokio había suavizado algunos pasajes de la historia japonesa al calificar de «progreso» las incursiones japonesas en China. Los medios de comunicación japoneses, que todavía tenían que poner fin a su amistosa relación con el maoísmo de la Revolución Cultural, solucionaron el problema tratándolo desde una postura pro china. Pekín pidió que se reescribieran los libros de texto a la vez que manifestaba su disgusto por tener que entrometerse en los asuntos internos de Japón. Finalmente, Miyazawa Kiichi, que entonces era secretario, jefe del gabinete, anunció que se tendría en consideración los puntos de vista de los países vecinos cuando se prepararan los libros de texto. Con esto se zanjó el incidente.

La siguiente crisis realmente importante tuvo lugar en el verano de 1985, cuando China protestó por la visita del primer ministro, Nakasone Yasuhiro, al santuario de Yasukuni de Tokio, dedicado a los caídos en la guerra. Entre los allí enterrados había algunos criminales de guerra de la clase A, lo que dio motivo a los chinos a quejarse por la visita que había hecho Nakasone. Más tarde, durante una conferencia en las Naciones Unidas a la que asistía Zhao Ziyang, Nakasone consiguió calmar los encrespados ánimos chinos.

La forma de enseñar la historia en las escuelas levantó también discusiones en el verano de 1986, cuando se publicó el libro *Shinpen Nihonshi*, un manual escolar elaborado por un grupo derechista. El Gobierno ordenó que se modificara de modo substancial antes de aprobar su utilización, pero el minis-

tro de Educación, Fujio Masayuki, echó más leña al fuego con una serie de observaciones apasionadas. Hay que admitir que el tono de su retórica era discordante, pero, de todos modos, representaba puntos de vista mantenidos por gente que, en general, no están de acuerdo con la versión de la historia moderna japonesa. Su tesis se basó en la creencia de que no se debe permitir que China se inmiscuya en los asuntos educativos del país. Finalmente se convirtió en el chivo expiatorio del Gobierno. Durante una visita a China, en otoño de ese mismo año, Nakasone presentó indirectamente sus excusas por las observaciones de Fujio en una reunión con el secretario general del PCCH, Hu Yaobang, sin embargo los chinos siguieron disgustados incluso después de solucionarse este asunto político.

El año siguiente, surgió un nuevo conflicto a causa de unos bienes raíces. En febrero, el Tribunal Supremo de Osaka sentenció que Kōkaryō, una residencia en Kyōto en la que se albergan estudiantes chinos desde antes de la guerra, no era propiedad de China sino de Taiwan. Los chinos se sintieron ofendidos por esta decisión tomada por el tribunal japonés. Creían que los ciudadanos de ambos países se debían comportar de acuerdo con el comunicado conjunto de 1972, el Tratado de Paz y Amistad de 1978 y los «cuatro principios» de amistad, igualdad y reciprocidad, mutua confianza y estabilidad a largo plazo. Eran incapaces de entender que el Gobierno japonés está obligado a cumplir los tratados que firma, pero sus ciudadanos son libres de decir y hacer lo que les plazca. Incluso una persona como Hu, que más tarde apoyaría el movimiento democrático chino, parece que no comprendió plenamente la ética de las personas cuyas libertades y derechos fundamentales están protegidos por las Constituciones.

En agosto de 1988, el primer ministro Takeshita Noboru visitó China y llevó consigo un enorme paquete de ayuda. Por entonces, la «diplomacia de reparación» unida a la generosa asistencia económica se convirtió en un tema habitual, aunque sólo consiguió animar a los chinos a volverse más déspotas con Japón. Tal era el marco en el que se produjeron los incidentes de la plaza de Tiananmen, el 4 de junio de 1989, lo que provocó que las relaciones entre ambos países se enfriaran de nuevo (el aplastamiento del movimiento democrático tuvo trágicas consecuencias para la propia China, pero en otros sitios tuvo repercusiones positivas, por ejemplo sirvió de detonante para la bomba de relojería que destruiría los regímenes comunistas de Europa del Este y la antigua Unión Soviética).

Actualmente, los países occidentales insisten en que no mejorarán su trato con China hasta que no progrese el respeto a los derechos humanos en ese país. Cuando el primer ministro Li Peng visitó Washington hace poco, incluso el presidente George Bush, que solía estar al lado de China, rehusó darle la mano. Sin tener en cuenta esta actitud de Occidente, en verano de 1991, Tokio envió al primer ministro,

Kaifu Toshiki, a China, que devolvió la visita mediante el viaje a Japón del secretario general Jiang Zemin. Sin embargo, Jiang llegó a Japón, en abril de 1992, pero no trajo consigo nada de interés público. Al contrario, hirió la sensibilidad de mucha gente al realizar equivocadamente una visita de cortesía al ex primer ministro Tanaka e invitarle a Pekín.**

Al revisar los hechos de estas dos últimas décadas, podemos entender por qué los japoneses no son receptivos a las llamadas que se les hace para que se muestren cordiales con China. Después de una serie de amargas experiencias, los japoneses no pueden ya mostrarse más afectuosos con los chinos. No puede gustarles que China haga sonar constantemente los tambores alertando, de forma poco realista, sobre el peligro del militarismo japonés. Es justo decir que la política de China respecto a Japón está provocando una reacción adversa.

Reconstruir la muralla china

Entre finales de enero y principios de febrero de 1992, el anciano Deng Xiaoping realizó un viaje de inspección por la región costera del sur de China, en donde se han producido las reformas más profundas y se ha progresado en la apertura al mundo exterior. En esa ocasión, además de proclamar que la reforma y la apertura debían ser el objetivo de China, recaló que el país necesitaba mantenerse en la adhesión a los «cuatro principios cardinales»: a la vía socialista, al liderazgo del Partido Comunista, a la dictadura del proletariado y a la doctrina marxista-leninista y maoísta.

Dado que China sigue aferrándose tenazmente a los principios de la ortodoxia comunista, ¿por qué desean sus dirigentes que el Emperador visite el país y se comprometa en una «diplomacia imperial»? Además si la guerra entre Japón y China convirtió al padre del emperador Akihito en una persona condenable, ¿por qué Pekín tiene que presionar fuertemente para que se realice la visita? Desde que los comunistas tomaran el poder, no permitieron libros que hablasen de la monarquía japonesa hasta 1986, cuando se tradujo *Tennō Hirohito no Shōwa shi*, un libro de Kawahara Toshiaki sobre el emperador Shōwa. Asimismo, los editores chinos añadieron, de forma totalmente inusual, un comentario advirtiendo de que el libro debía ser leído de forma crítica. En esta nota se decía que «Haciendo uso de la lealtad al emperador, el militarismo japonés afirmaba que la guerra de agresión iniciada por ellos era una guerra santa —incitando así a los japoneses a entrar en batalla—, y causó enormes daños a China y a otros países y pueblos del Pacífico asiático.» ¿Es que los dirigentes chinos han cambiado fundamentalmente de opinión sobre la institución imperial ahora que el trono es ocupado por el emperador Akihito?

Es posible que los dirigentes chinos piensen que si arrancan del Emperador algunas palabras de disculpa, puedan saldar la cuenta de las agitadas rela-

ciones bilaterales del pasado, de manera que favorezcan la postura de su país. Pero, si realmente son éstas sus expectativas, interpretan mal el sistema japonés al no entender qué es lo que puede o no realizar la «diplomacia imperial» sometida a la actual Constitución.

En otro orden de cosas, creo que los dirigentes chinos ven probablemente la visita imperial como algo que puede contribuir de forma significativa a los intentos de establecer una nueva estrategia global, particularmente en el contexto de las frías relaciones entre China y EUA. La decisiva victoria estadounidense en la guerra del Golfo Pérsico propinó a China un golpe desesperanzador, y cuando poco después se prohibió el Partido Comunista Soviético, conduciendo al desmoronamiento de la Unión Soviética, los dirigentes chinos se volvieron más cautelosos frente a EUA. En la estructura bipolar de la guerra fría, China ha disfrutado a veces de un voto de calidad, pero actualmente muchos de sus habitantes han comenzado a entender que se está imponiendo una hegemonía americana unipolar.

El comunismo no sólo ha desaparecido en el ex imperio soviético, sino también en Mongolia, umbral de China. Obviamente, esto significa una victoria para el liberalismo y la democracia, pero los gobernantes chinos cierran los ojos y siguen insistiendo en que el comunismo acabará triunfando. Las autoridades pequinesas consideran el desmembramiento de la Unión Soviética como el resultado de la derrota de la economía soviética a manos de la economía estadounidense. Imaginan que pueden evitar el destino de los soviéticos si reforman su economía, abriéndola al mundo y, en consecuencia, fortaleciéndola. Aunque recelan de EUA, confían en que podrán reconstruir los fundamentos psicológicos e ideológicos de la gran muralla de China en un intento por evitar un pacífico desmoronamiento de su estructura administrativa.

Los estadounidenses, por su parte, a partir de los sucesos de Tiananmen mantienen un clima de frialdad hacia Pekín. En mi opinión, las desavenencias podrían durar todavía bastante tiempo. A diferencia del pasado, cuando la amistad con Pekín servía para atemperar la amenaza soviética, Washington ya no necesita jugar la «carta de China». Al perder esta ventaja, China se ha convertido en un país incómodo.

Es consciente de que no puede enfrentarse al poder militar estadounidense, en particular en el terreno de las armas de alta tecnología, pero dispone de espacio para expandir su influencia militar. Puede suministrar armas a sus clientes del Tercer Mundo y a otros países, y en la región del Pacífico asiático en concreto, puede exhibir su poderío naval. Recientemente, China ha utilizado las lanchas cañoneras en el mar del sur de China y en las aguas que circundan las islas Senkaku, indicando así que puede utilizar su armada contra el dominio americano.

Así pues, dentro de sus fronteras, el Gobierno chino se mostrará firme en la represión del movimien-

to democrático, aunque fomente la reforma y la apertura; respecto a la política exterior, exportará armas y afianzará su posición militar aunque declare que contribuye a la paz mundial. Estas dos tendencias políticas, la primera de orden interno y la segunda externo, constituyen las dos caras de la estrategia global de Pekín.

En este marco, China ha modificado su actitud hacia Japón. Pekín observa con evidente interés la escalada de tensiones entre Tokio y Washington, y aunque afirma que no tiene intención de pronunciarse sobre los asuntos internos de otros países y mucho menos de intentar influir o intervenir, espera que las relaciones entre Japón y EUA se deterioren más y frenen el progreso estadounidense hacia una hegemonía mundial unipolar. Estas expectativas se vislumbran a partir de una serie de declaraciones de funcionarios chinos en el sentido de que no se opondrán a que Japón se convierta en una superpotencia política. En realidad, esto significa que aceptan el progreso de Japón como un contrapeso a la fuerza estadounidense en relación con su propia estrategia.

En efecto, China se está moviendo en esta dirección. Los dirigentes chinos afirman que mientras Japón no se convierta en una superpotencia militar, será bien recibida una mayor influencia japonesa en los foros asiáticos y en el escenario mundial. Al convencer a Japón para que acepte su ofrecimiento China espera poner límites a la influencia estadounidense. En este contexto se deberían examinar las repetidas invitaciones de China al Emperador. Dicha visita representará un gran espaldarazo a las autoridades chinas en un momento en que su país se encuentra internacionalmente aislado y saturado de luchas políticas internas.

Visto de esta manera, conviene que los japoneses piensen seriamente si las ofertas de Pekín son buenas para su país. Si se tiene en cuenta la estrategia global de China y su actitud hacia EUA y la actitud de Occidente en general hacia China, creo que Tokio debería rechazar las lisonjas chinas y distanciarse de Pekín. Esta actitud concuerda con la posición de responsabilidad de Japón respecto a Asia. Si Tokio no actúa de esta manera, demostrará que no es más sensible que los chinos hacia los valores universales y los derechos humanos, la democracia y la libertad. Aún más, el mundo puede tener la impresión de que Japón se inclina hacia China sólo porque espera sacar beneficios mercantil a corto plazo. La actitud de Japón puede ser considerada por el resto del mundo como una superpotencia que sólo se guía por la lógica de los intereses económicos. También en este sentido tendrá una gran importancia la decisión final de Tokio.

Un embajador de Asia

Así las cosas, creo que ni la situación política y social de China ni el entorno internacional al que tiene que hacer frente Japón son los más adecuados para que

el Emperador realice el viaje. De todos modos, si sólo se trata de un viaje de buena voluntad, no tengo ninguna razón para oponerme. Encuentro inquietante, sin embargo, que el debate nacional sobre el viaje no haya ido más allá del marco convencional de las relaciones entre Japón y China. Al mismo tiempo que persisten los efectos de los sucesos de Tiananmen, los medios de comunicación de todo el mundo posiblemente destacarán esta visita sin precedentes. Así pues, la cuestión consiste en saber si el viaje se considera en el extranjero como un signo de excesiva familiaridad entre las dos naciones asiáticas. Mucho me temo que en el resto de países sólo producirá desconfianza hacia Japón y se pensará que el objetivo es desarrollar junto a China una especie de entente asiática. Se trata de que Japón elija entre un asianismo que puede compartir con China y un universalismo que puede promover con el resto de países del mundo libre.

Japón es naturalmente, miembro de la comunidad asiática, pero después de la Restauración Meiji, en 1868, el país se encauzó por el camino del distanciamiento de Asia y la aproximación a Occidente. Después de la Segunda Guerra Mundial los japoneses abrazaron los valores democráticos y desde entonces han guiado al país conforme a estos principios. Japón no puede dar una brusca maniobra en relación a Asia, porque hace ya más de medio siglo que enarbó la bandera de la gran Esfera de Coprosperidad de Asia del Este e hizo caso omiso a sus vecinos.

Si tenemos en cuenta todo esto, el gobierno japonés debe dejar bien claro, antes de iniciar el viaje que Japón está firmemente comprometido con la protección de los derechos humanos y el resto de valores universales. Al mismo tiempo, tiene que demostrar su compromiso con un Asia abierta. Una forma de hacerlo sería que el Emperador y la Emperatriz, que han visitado solamente tres países del sudeste asiático desde que ocupan el trono, viajaran por toda Asia. El objetivo de la diplomacia japonesa habría de encaminarse a fomentar un marco en el que la pareja imperial, actuando libremente y como símbolos de Japón, pudiera realizar visitas de buena voluntad a otros países de Asia cuando las circunstancias fueran adecuadas.

Hace poco, Miura Shumon hizo la siguiente observación en la prensa: «Dado que el Emperador y la Emperatriz han sido invitados, como señal de querer tratar el pasado como pasado y avanzar hacia el futuro, me gustaría que dentro de poco visitaran China y Vietnam»***. Comparto esta opinión y me gustaría añadir a la lista, Corea del Sur, Corea del Norte (cuando se restablezcan las relaciones diplomáticas) y Hong Kong. En cualquier caso, Japón debería evitar dar la impresión de que dispensa un trato especial a China. Esto podría animar a los dirigentes chinos a considerar la visita como un homenaje en el juego de «la diplomacia tributaria», una odiosa tradición china que se ha prolongado durante más de tres mil años.

Si se han de aceptar este tipo de visitas como una muestra de amistad, trascendiendo el plano de la política y diplomacia estatales, Taiwan podría ser el siguiente país en la lista. Durante los dos últimos decenios las relaciones normales entre China y Japón han sido también dos décadas de ruptura de relaciones entre Tokio y Taipei. Pero, debido a que muchos taiwaneses tienen fuertes sentimientos de amistad hacia Japón y a su familia imperial, una visita exclusivamente de buena voluntad sería muy positiva se realizara al margen del marco político y diplomático, como en el caso de un intercambio económico y cultural. Aún más, los diplomáticos japoneses deberían establecer unas relaciones con Taiwan en las que crearon un clima de confianza entre los dos países sin preocuparse por la reacción de Pekin. Ya que China promueve la reforma y la apertura, Japón debería alentarla para apoyar un intercambio activo y abierto entre todos los países asiáticos. Aunque Taiwan no figura en el mapa diplomático, el flujo de mercancías y personas entre este país y Japón supera de lejos el que existe entre Japón y China. Mientras Tokio trate el caso de Taiwan como algo ficticio y no quiera ver que ha madurado política, social y económicamente, no prosperará su política asiática.

Ha llegado el momento de que Japón supere la preocupación diplomática por la amistad chino-japonesa. Al mirar abiertamente la realidad, el gobierno japonés debería dedicarse a promover la liberalización a lo largo y ancho de Asia. Tendría que proponerse derribar los gruesos muros políticos que todavía quedan en pie en esta parte del mundo y tratar clara y francamente a China y a otros países. Si adopta esta actitud, estoy seguro de que la opinión pública aprobará la visita imperial. (Con la amable autorización de Chuō Kōron Sha)

Traducido de «Tennō hō-Chū to Nihon gaikō», publicado en Chuō Kōron, septiembre de 1992, pág. 41-49.

NOTAS

* Suenami Yasuhi, «Tennō hō-Chū keikaku o tou» (Discutir el proyecto de la visita del Emperador a China), en *Zen'ei*, febrero de 1992.

** Actualmente, Tanaka es recordado en Japón más por sus relaciones y tratos secretos que por su participación en la restauración de las relaciones chino-japonesas.

*** Miura Shumon, «Seiji o kaihi, yūko e no shiten e» (Por un viaje al margen de la política y que servirá como punto de partida de la amistad), en *Sankei Shimbun*, 15 de abril de 1992.

Completely Revised and Expanded

POLITICS IN MODERN JAPAN

By Kishimoto Kōichi



Politics in Modern Japan is an insider's comprehensive yet concise account of the modern Japanese political system—its historical development and constitutional underpinnings, its organization and dynamics, its problems and prospects.

In this new, fully revised edition, the author zeroes in on the central concerns of Japan watchers today with expanded sections on these timely subjects:

- the structure and role of the bureaucracy
- policy making in the ruling party
- factional politics
- elections and political funds

A wealth of essential materials, including numerous charts and tables, the English text of the Japanese Constitution, and a chronology of political events, make this book an indispensable reference for anyone with an interest in Japanese affairs.

Kishimoto Kōichi, a veteran political journalist and a research fellow of the National Diet Library, is the author of several books in Japanese on parliamentary politics in Japan.

1988 203 pp., 8 charts, 7 tables, index ¥2,000/US\$14.50 paper

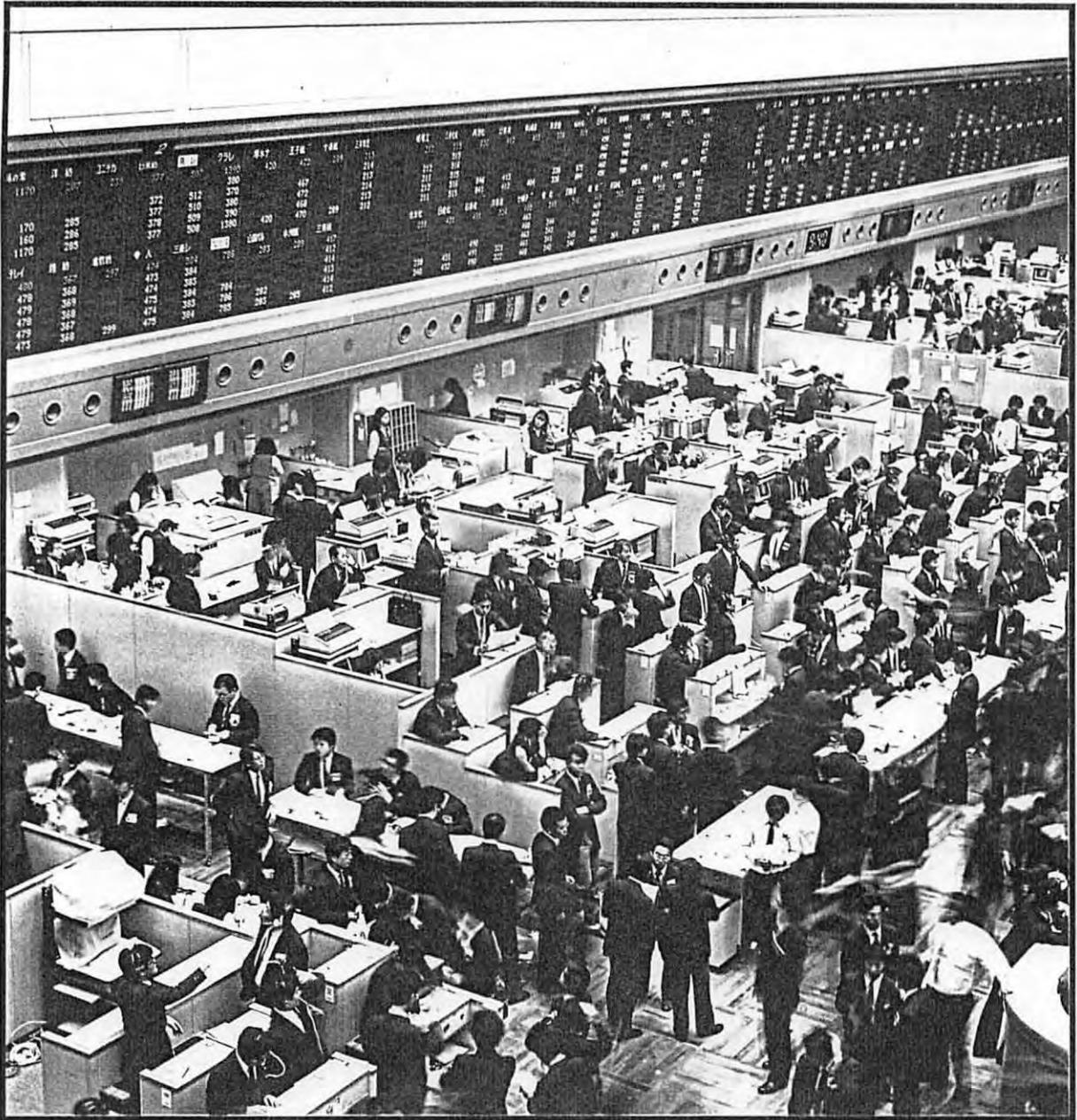
Order from:

Japan Echo Inc.

Moto Akasaka Bldg., 1-7-10 Moto Akasaka
Minato-ku, Tokyo, 107, Japan

Enclose check or AmEx number and expiration date along with signature. For overseas surface mail add \$3.00 for one book, \$1.50 for each additional book.

CUADERNOS DE JAPÓN



Los límites del sistema político de posguerra
Nunca es tarde para tomar medidas económicas
Análisis del debate sobre las Fuerzas Pacificadoras
Revisión de la época del aislamiento nacional

